

## El dilema de la Estética, a propósito de la lectura de José Jiménez

*Apuntes sobre el capítulo “La Estética en la encrucijada”*

May Puchet

La Estética como disciplina teórica se encuentra actualmente en una encrucijada, como dice José Jiménez<sup>1</sup>. Nacida como disciplina autónoma con la publicación del tratado *Aesthetica* de Alexander Baumgarten en 1950 y fundamentada principalmente en las líneas filosóficas del idealismo, la belleza ha sido su objeto de estudio. La reflexión sobre el arte y sobre la naturaleza de lo bello ha existido desde la Antigüedad, pero hasta ese momento no tuvo un cuerpo como disciplina. Los cambios producidos en la práctica artística a comienzos del siglo XX y principalmente en la segunda mitad, han desterritorializado el campo de la disciplina perdiéndose el protagonismo de la belleza. El uso del término parece inadecuado para estos tiempos. La palabra “estética” deriva del griego; *aisthesis*, que significa “sensación” y el término Estética, utilizado por Baumgarten para fundar la disciplina, se refiere a la ciencia del conocimiento sensible, el cual se contrapone al conocimiento lógico de la razón. Sin embargo parece que lo producido por la experiencia estética en las prácticas artísticas actuales tiene más que ver con lo conceptual antes que la sensación.

Si antiguamente el placer estético estaba unido a la sensación y la sensibilidad, es Hans Robert Jauss uno de los primeros autores en afirmar que en la actualidad el placer estético se convirtió en teórico. De modo que determinados fenómenos estéticos superan el ámbito de lo sensible resaltando el concepto. Las producciones artísticas reemplazaron a la “obra” en dispositivos y procedimientos que producen la experiencia estética de forma tal que nos acerca más a una experiencia investigativa que a una experiencia contemplativa. Sin embargo Jauss procura superar la oposición goce-reflexión, sosteniendo que el goce de arte no es algo que esté por un lado y la reflexión teórica sobre la experiencia por otro. Para este autor disfrutar y reflexionar pueden coincidir. Por eso la antigua contraposición entre conocimiento mental y sensorial es cuestionado desde el complejo panorama del arte del siglo XX.

De modo que podríamos definir la Estética como “disciplina que estudia la experiencia estética no partiendo necesariamente de la sensación”<sup>2</sup>. Paradójicamente todo lo que nos rodea en el presente parece resaltar lo bello y aspirar a la sensación de placer inmediato. Los tiempos actuales son denominados como “estéticos”; se habla de la “actualidad de lo estético” o del “triunfo de la estética”. Nos referimos a las imágenes, objetos, comportamientos, etc., donde se traspasa la frontera del arte y se generaliza la experiencia artística en la existencia individual o colectiva. Por lo tanto no podríamos establecer como único terreno de lo estético el terreno del arte. Sin embargo, dice Jiménez que en nuestra tradición cultural, existe una esfera institucionalmente privilegiada como ámbito de la experiencia estética: *el arte*, convirtiendo así a lo artístico en campo exclusivo de interés de la Estética. También se desprende de dicha afirmación la existencia de una concepción occidental de autonomía del arte, una construcción cultural de la cual ha referido la Estética tradicional. Dicha Estética se ha ocupado de las obras del pasado, las que según Walter Benjamin conservan el aura<sup>3</sup>. Entonces para comprender e integrar otros aspectos de la actualidad, tenemos que referirnos a una Estética que de cuenta de la producción artística “pos-aurática” y además que defina en qué consisten los territorios de lo artístico, si es que los hay. Tal vez previamente deberíamos convenir si es posible hablar de una disciplina estética en la actualidad.

Este panorama nos invita a redefinir el término utilizado tradicionalmente y resolver el dilema que suscita su uso, conviniendo que ya no podemos hablar de una disciplina de la estética de la misma manera que siglos atrás. Por un lado existe un marco de origen y desarrollo de la disciplina filosófica y por otro una extensión y expansión heterogénea de su concepto que nos produce confusión.

## LA ESTÉTICA POST-IDEALISTA

Varios autores afirman que existe una escisión entre la Estética y la Filosofía del Arte, y proponen adecuar el término Estética a Filosofía del Arte o Teoría del Arte, así como también redefinir las categorías comprendidas en el fenómeno artístico (autor-obra-espectador). Jiménez propone repensar los fundamentos filosóficos de la Estética para comprender una nueva estética filosófica tras el fin del idealismo. La pregunta sería: ¿se puede hablar de una disciplina teórica de la estética contemporánea? Antes de continuar repasemos algunos aspectos de la estética idealista.

La modernidad fragmentó la unidad epistemológica en nuevos dominios del saber, es decir se dividió el estudio de las ciencias en múltiples disciplinas especializadas y autónomas. Así el terreno fue propicio para el surgimiento de la Estética como disciplina en el siglo XVIII. Pero según Marchán Fiz<sup>4</sup> el problema de la fragmentación en el arte provocó que la Estética se desplazara al terreno del ideal; en el sentido de lo que eternamente se aspira pero que nunca se llega a alcanzar. La Estética ambiona un estado de paz sublime e inalterable, aspira a la universalidad de lo bello y del gusto. Esta es una presunción que tiene como referente la convicción de que existe una naturaleza humana; todos los hombres del planeta poseen experiencia de lo bello dada su condición humana.

Este tratamiento se hace presente en Kant, quien funda la estética de modo trascendental estableciendo los principios que la hacen posible y refiere a la facultad de juzgar desinteresadamente. Es a través de Kant que se plantea un nuevo sistema filosófico: el idealismo. En este sistema se toma como punto de partida para la reflexión filosófica el sujeto, el “yo”, la conciencia, es decir que el centro no es el mundo exterior sino el “sujeto”, la “mente”, el “espíritu”. Estos son términos utilizados y redefinidos en esa época por la filosofía. Los autores idealistas sostienen doctrinas muy distintas entre sí, como Descartes, Leibniz, Schelling, pero lo que se conoce como idealismo alemán del siglo XVIII y XIX comienza en Kant con la “Crítica a la razón pura” (idealismo trascendental) y culmina con Hegel (idealismo absoluto). Lo que hace Kant es criticar los fundamentos “realistas” del empirismo y del racionalismo. Para las filosofías realistas lo determinante es el objeto, mientras que el sujeto (racional o empírico) es un espejo de ese objeto. Sin embargo, para el idealismo el sujeto es una lámpara que ilumina al objeto, es a través de esa “luz” que el objeto aparece. Si para Kant el idealismo es subjetivo, aunque con carácter universal, para Hegel es objetivo. Aún continuando la línea idealista, Hegel considera que el ser no sólo se da en la conciencia sino que también se realiza en la historia. Para él todo arte es encarnación de la idea. En la estética idealista la experiencia estética está referida a la contemplación de la obra de arte por parte de los espectadores. Así, los rasgos característicos de las obras logran que el pensamiento se desconecte de la vida cotidiana. El arte está al servicio del puro goce estético.

El idealismo sitúa a la estética y sus fundamentos en el campo de la metafísica; es decir más allá de este mundo, en el terreno de la sensibilidad pura o de lo bello, de esta manera el concepto de lo bello refiere también a lo inmutable y lo permanente del ser. Esto tiene sus raíces en la

reflexión sobre lo bello fijada desde el nacimiento de la filosofía en la Grecia antigua. La filosofía de Platón establece que la realidad está constituida por el mundo de las ideas y el mundo sensible, éste último está conformado por mera apariencia. Las ideas o modelos para Platón no cambian, son inmutables, están fuera del tiempo y espacio, son eternas. La idea de lo bello es por lo tanto una idea metafísica.

El concepto de belleza pierde el fundamento metafísico en la movilidad del mundo moderno y sus paradigmas (progreso, ciencia, dominio de la naturaleza) donde la idea de una naturaleza humana entra en crisis y se hace visible la existencia de lo múltiple, por ejemplo en las distintas interpretaciones de las culturas, de la historia, etc. Suponer que existe una naturaleza humana única es sostener la idea que una civilización posee grados de superación. Así los pueblos primitivos alcanzarían el mismo grado de civilización que el hombre occidental. Ese es el “camino del espíritu” de Hegel. A mediados del siglo XIX comenzó el camino de la disolución de los sistemas estéticos en la pérdida de lo trascendental. Esto tiene como trasfondo la disolución de otros sistemas del mundo (filosóficos, epistemológicos). Surgen así los proyectos estéticos (positivista, esteticista, marxista) como proyectos emancipatorios.

El mundo se mueve y el hombre creó su propio escenario, conquistó su autonomía, pero también corre tras un conocimiento que se le escapa en un mundo que se hace cada vez más pequeño. Las consecuencias de esa autonomía, que no llevó a romper definitivamente los lazos con la metafísica, tuvieron sus alcances en las filosofías posteriores. Cuando en el mundo moderno el sistema y la unidad quedan destruidos por la fragmentariedad y lo diverso, lo plural se convierte en carácter positivo de la reflexión filosófica. Dice Jiménez que la metafísica ha entrado en crisis en el mundo moderno y sus conceptos tradicionales ya no sirven en la actualidad como vía de fundamentación de la Estética. La Estética que este autor propone repensar surge entonces tras la muerte del idealismo, por eso se trata de una Estética post-idealista que busca un fundamento filosófico nuevo.

Esa es la encrucijada en la que se encuentra la Estética contemporánea, está en un proceso de transformación. Dice Jiménez que “la experiencia moderna de la fragmentariedad del mundo, de la identidad humana como ausencia, nos confronta con una dinámica en la que el concepto no puede ya seguir recreándose ni en la mera particularidad, ni en la unidad especulativa del ser de la metafísica”. Pero para el autor no hay una renuncia a la unidad o universalidad del concepto en términos antropológicos; “la verdadera universalidad es siempre un juego de unidad y pluralidad, de identidad y diversidad”. Se trata entonces de una nueva estética filosófica pero sin nuevas normativas, sino que es pensada como un “texto abierto”, en proceso, en el que “la búsqueda de la coherencia conceptual y teórica intenta conjugarse con la conciencia de la movilidad de los problemas y las respuestas en la Estética actual”. Este texto abierto se construye a través de la reflexión de las preguntas y los problemas que las experiencias estéticas suscitan. Lo que plantea el autor es una explicación profunda de los factores que integran la dimensión estética, pero no desde la posición positivista del saber como descripción de lo que es, sino desde la dimensión antropológica. Por lo que Jiménez dice que la nueva Estética debe asumir como presupuesto metodológico el carácter antropológico de la dimensión estética. La Estética tradicional permitía la exclusión, mientras que si hablamos de un carácter antropológico este tiene un alcance integral; abarca a todo ser humano. Es decir que en un sentido más amplio, se integran los diversos niveles y factores que conforman la experiencia estética. Pero no hay nuevas normativas para una nueva estética, por eso se trata de un “texto abierto”, donde los temas y los problemas del arte se ven como proceso.

La Estética actual tiene que asumir el problema de su inserción en el mundo, distinguiendo lo que históricamente ha sido pensado en el terreno de la Estética como teoría y lo que el arte de nuestro tiempo nos quiere decir al “salir a las calles”, en la experiencia estética general. La Estética como filosofía práctica tendría un papel fundamental en la crítica, en el “desvelamiento de los sentidos de las imágenes del hombre estéticamente producidas”.

Para complementar esta visión sobre la Estética contemporánea y a modo de reseña sobre este autor, señalemos que su línea de investigación corresponde al análisis de la cultura contemporánea, la estética filosófica y la teoría y la crítica de las artes en la situación actual. La fundamentación teórica que plantea Jiménez tiene como eje una concepción post-metafísica de la filosofía, entendida como filosofía de la cultura o filosofía antropológica. Así la reflexión filosófica se orienta hacia la búsqueda de una nueva articulación entre filosofía y vida. Para ello le resulta fundamental el abordaje teórico en estética y arte, ya que la crítica de esas dimensiones es una de las mejores vías de análisis de la cultura actual ante el proceso de estatización global que acompaña su desarrollo.

Dice Jiménez: “hoy sabemos que no existen Razón ni Historia. Hay razones, hay historias, que ardua, dolorosamente construimos en el curso de nuestras vidas. Miremos hacia atrás. Tracemos genealogías. Contemplemos el itinerario tortuoso, pero abierto, del mundo moderno. Es esta la única forma de mirar hacia delante. Así, y en último término, los caminos abiertos del lenguaje y la expresión responderían a un principio antropológico, no metafísico, del filosofar: caminar es la patria del hombre”.

---

<sup>1</sup> José Jiménez en *Imágenes del hombre. Fundamentos de estética*, Tecnos, Madrid, 1986

<sup>2</sup> Elena Oliveras en *Estética, la cuestión del arte*, Ariel, Buenos Aires, 2006

<sup>3</sup> Término utilizado por Walter Benjamin en su ensayo “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”. Se refiere a una especie de “aureola” única y casi religiosa que envuelve a las obras de arte y pos-aurático sería el arte que carece de ese halo sacralizante, es decir la obra reproducible de nuestra época.

<sup>4</sup> Simón Marchán Fiz en *La Estética en la cultura moderna*, Alianza, Madrid, 1987